

Gobierno de unidad, sin olvidar lo esencial

a propuesta de José Antonio Kast (JAK) ante el país ha sido nítida: un gobierno de emergencia, centrado en resolver con urgencia las prioridades que hoy angustian a millones de chilenos. Seguridad pública, control efectivo de la inmigración ilegal y recuperación del crecimiento económico con generación de empleo digno constituyen el núcleo de un mandato democrático claro, expresado en las urnas con contundencia. Se trató de un compromiso concreto frente a una ciudadanía cansada del desorden, la impunidad y la falta de rumbo.

Para hacer viable esa tarea inmensa, la idea de un gobierno de unidad nacional no solo es legítima: es necesaria. Convocar a personas provenientes de un amplio espectro político, con experiencia diversa, trayectorias técnicas sólidas y, en general, independencia de los partidos políticos resulta una señal de apertura y responsabilidad que la mayoría ciudadana aprecia. Es una forma de reconocer que los desafíos actuales trascienden a cualquier coalición y que, ante una crisis de magnitud histórica, se requiere grandeza y colaboración transversal por Chile.

Sin embargo, y sin desmerecer el valor de ese gesto ni la urgencia de la emergencia, no puede perderse de vista otra dimensión fundamental. El apoyo persistente a JAK en tres elecciones presidenciales sucesivas no se ha basado únicamente en el diagnóstico de una crisis, sino también en una visión de país sustentada en convicciones profundas. Quienes se han ido sumando durante años a este proyecto político comparten una concepción de la sociedad que defiende el respeto irrestricto a la vida, la centralidad de la familia tradicional, la libertad de educación con preeminencia de los padres, el rol subsidiario del Estado, la propiedad privada y los mercados libres. Esos valores no son negociables para millones de chilenos que han esperado largo tiempo para verlos representados y traducidos en acción política concreta. Ellos no votaron solo para enfrentar una emergencia. Por eso, si bien la amplitud política es un instrumento al servicio de la gobernabilidad, no puede ser confundida con renuncia doctrinaria ni con ambigüedad valórica. Por ejemplo, las nominaciones en cargos públicos, especialmente en áreas sensibles como cultura, educación, derechos humanos o infancia, son más que nombramientos: son señales de coherencia y de fidelidad. Cada uno de esos gestos es observado con atención por quienes han sostenido, a veces en la adversidad, una causa que hoy alcanza el gobierno.

Gobernar implica siempre ordenar prioridades. Para una parte sustancial de quienes dieron vida a esta mayoría, ordenar también significa sostener los principios que la hicieron posible. Y aunque no se plantee derechamente una “batalla cultural”, ello no significa omitir la promoción y defensa de las ideas que movilizaron a tantos ciudadanos durante más de una década.

ÁlvaroPezoa

Director Centro Ética y Sostenibilidad Empresarial

ESE Business School, U. de los Andes

Opinión

Edición papel digital

Juicios prematuros

María de los Ángeles Fernández
Doctora en Ciencia Política



No había terminado José Antonio Kast de anunciar la conformación de su futuro gabinete cuando ya se lo estaba desahuciendo. Las críticas son variadas, destacando el riesgo que conlleva su opción por independientes. Se trata de un 62% de ministros con vínculos con la empuja y la academia, desconociendo cómo se cuecen las habas de la política partidista. Hay coincidencias en advertir que los de Kast no tienen mayoría en un Congreso al que difícilmente llegarán a tiempo reformas que corrijan la fragmentación y la indisciplina. Por otra parte, formar una coalición de sustento es una tarea ardua y el recurso al independentismo, tentador. Se olvida rápido su apropiación por aquella "Lista del Pueblo" del primer proceso constituyente que terminó siendo un fiasco.

Las aprensiones son atendibles. Pero, si se acepta seriamente algo que mucho se repite como que Chile asiste a un cambio de ciclo, lo que no resultó en el pasado ¿por qué no podría resultar ahora? Por ello, hay que cuidar la formulación de paralelismos con administraciones previas (por ejemplo, con el primer equipo de Sebastián Piñera en 2010, cuyo acento gerencial, tan criticado, resultó clave para la reconstrucción post terremoto). El país ha visto pasar un estallido social sin precedentes, una pandemia inédita y un cuatrienio de Boric que catapultó demandas por seguridad y orden público.

Las quejas por el conservadurismo valórico de sus integrantes resultan un tanto estériles. Se olvida que las elecciones las ganó la derecha. Por otra parte, muestra una buena combinación de experiencia y juventud, así como un tan acertado (como inesperado) equilibrio de género. De particular sensibilidad podría resultar el Ministerio de la Mujer y Equidad de Género. El perfil de quien lo conducirá, aunque ni debuta todavía, no ha tardado en sacar ronchas. No es Kast el primero que experimenta con dicha cartera. ¿Cómo olvidar el desconcierto que generó el nombramiento de una militante PC, ese partido catalogado por Alfredo Jørgensen recientemente de "primitivismo político e intelectual", durante el segundo mandato de Michelle Bachelet?

La tentación por concentrarse en el talón de Aquiles del futuro equipo ministerial es grande pero también prematura. Un gobierno no se configura en un cuadro más amplio, constituyéndose idealmente en círculos concéntricos con quien ocupa la Presidencia a la cabeza. Faltan designaciones como las de las subsecretarías, cuyas capacidades podrían ser complementarias a las de los ministros. Luego está el Segundo Piso, un recurso invaluable si quienes lo ocupan, además de cercanía con el mandatario y una preocupación por el relato que se da por descontada, contribuyen a sortear los impactos en Chile de un contexto global que se enfila rápidamente hacia épocas pretéritas.

Gobierno de unidad, sin olvidar lo esencial

Álvaro Pezoa
Director Centro Ética y Sostenibilidad Empresarial
ESE Business School, U. de los Andes



La propuesta de José Antonio Kast (JAK) ante el país ha sido nítida: un gobierno de emergencia, centrado en resolver con urgencia las prioridades que hoy angustian a millones de chilenos. Seguridad pública, control efectivo de la inmigración ilegal y recuperación del crecimiento económico con generación de empleo digno constituyen el núcleo de un mandato democrático claro, expresado en las urnas con contundencia. Se trató de un compromiso concreto frente a una ciudadanía cansada del desorden, la impunidad y la falta de rumbo.

Para hacer viable esa tarea inmensa, la idea de un gobierno de unidad nacional no solo es legítima; es necesaria. Conocar a personas provenientes de un amplio espectro político, con experiencia diversa, trayectorias técnicas sólidas y, en general, independencia de los partidos políticos resulta una señal de apertura y responsabilidad que la mayoría ciudadana aprecia. Es una forma de reconocer que los desafíos actuales trascienden a cualquier coalición y que, ante una crisis de magnitud histórica, se requiere grandeza y colaboración transversal por Chile.

Sin embargo, y sin desmerecer el valor de ese gesto ni la urgencia de la emergencia, no puede perderse de vista otra dimensión fundamental. El apoyo persistente a JAK en tres elecciones presidenciales sucesivas no se ha basado únicamente en el diagnóstico de una crisis, sino también en una visión de país sustentada en convicciones profundas. Quienes se han ido sumando durante años a este proyecto político comparten una concepción de la sociedad que defiende el respeto irrestricto a la vida, la centralidad de la familia tradicional, la libertad de educación con preeminencia de los padres, el rol subsidiario del Estado, la propiedad privada y los mercados libres. Esos valores no son negociables para millones de chilenos que han esperado largo tiempo para verlos representados y traducidos en acción política concreta. Ellos no votaron solo para enfrentar una emergencia.

Por eso, si bien la amplitud política es un instrumento al servicio de la gobernabilidad, no puede ser confundida con renuncia doctrinaria ni con ambigüedad valórica. Por ejemplo, las nominaciones en cargos públicos, especialmente en áreas sensibles como cultura, educación, derechos humanos o infancia, son más que nombramientos: son señales de coherencia y de fidelidad. Cada uno de esos gestos es observado con atención por quienes han sostenido, a veces en la adversidad, una causa que hoy alcanza el gobierno.

Gobernar implica siempre ordenar prioridades. Para una parte sustancial de quienes dieron vida a esta mayoría, ordenar también significa sostener los principios que la hicieron posible. Y aunque no se plantee directamente una "batalla cultural", ello no significa omitir la promoción y defensa de las ideas que movilizaban a tantos ciudadanos durante más de una década.

LT laticercera.com

Declaración de Intereses en
www.grupoprensa.cl/declaracion
Impreso en Santiago por Copuso S.A.

Atención a suscriptores
en su correo virtual
lt@laticercera.com



SANTIAGO DE CHILE |
AÑO 77

SU OPINIÓN IMPORTA

Envíe sus opiniones al contenido o
cobertura del diario a
lector@laticercera.com

Envíe sus cartas, con una extensión
máxima de 1400 caracteres con
espacios a
lt@laticercera.com

La Tercera se reserva el derecho a editar los
textos ajustados conforme a sus estándares
editoriales, en particular respecto a la
exigencia de un lenguaje respetuoso y sin
discriminaciones. Las cartas recibidas no
son devueltas.

ESPACIO ABIERTO

La mesa o el menú

Javier Sajuria
Profesor de Ciencia Política
Queen Mary University



El debate en relaciones internacionales suele darse entre distintas vertientes. Dos de ellas, las de realistas y los liberales, son las que tienen mayor recepción. Los realistas creen que las grandes potencias siempre tienen el control. Su doctrina es la del *realpolitik*, basada en una visión cínica de la sociedad y el mundo. Los liberales, en cambio, creen en una serie de valores que ordenan el entorno internacional, incluido el llamado derecho internacional. Para los liberales, tiene que haber un orden basado en reglas y valores, y no solo en la fuerza. El discurso del primer ministro de

Canadá, Mark Carney, durante la cumbre de Davos la semana pasada, pareciera resucitar estos debates en medio de un avance inminente del autoritarismo en Estados Unidos.

Carney partió su alocución tomando partido con los sectores realistas. Planteó que vivíamos en una ficción, en la que los países medianos fingían creer en un orden mundial basado en reglas y valores, pero que, en el fondo, todos sabíamos que las grandes potencias tenían el sartén por el mango. Su frase fue elocuente: "los grandes poderes han empezado a ocupar la integración económica como armamento, las tarifas como herramientas de negociación, las cadenas de suministro como vulnerabilidades a explotar". Con esta declaración, muchos entendieron que el mensaje del premier canadiense era claro: ya no se puede confiar en los Estados Unidos como un aliado del orden internacional (si es que alguna vez se pudo).

Este mensaje se reforzó un par de días después con la iniciativa de Trump de crear un organismo paralelo, inicialmente a cargo de la reconstrucción de Gaza, pero que muchos ven como su propio club para hacer frente a la ONU. Con una cuota de incorporación de mil millones de dólares, este grupo es lo más parecido a un sindicato de villanos en el con-

cierto internacional: Israel, Bielorrusia, Hungría, Egipto y Arabia Saudita aparecen como miembros. Asimismo, se sumaron otros "tonitos diles", más interesados en no importunar al líder que en el futuro de Gaza. En esa lista aparecen Argentina y Paraguay. Aunque Chile no está invitado aún, queda la duda de si el futuro gobierno caerá en la tentación de pagar la cuota y cerrar los ojos ante las atrocidades que cometen algunos de este selecto grupo, o si continuará la política exterior de Estado que se ha llevado adelante por décadas.

El mensaje de Mark Carney terminó con un llamado a la acción por parte de los países medianos. En términos simples, planteó que si estos países no pelean por tener un puesto en la mesa, están condenados a ser parte del menú. Fiel a sus convicciones liberales, el premier canadiense hizo un llamado, no solo a otros países, sino que a empresas y otros actores a reconocer la triste realidad de que ya no podemos seguir viviendo en la mentira de que las grandes potencias no van a ocupar su poder para su propio beneficio (y el de nadie más). Pero en vez de quedarnos de brazos cruzados y aceptar esa realidad, el resto de los países tienen que crear la infraestructura suficiente para poder hacerle el contrapeso. Es ahí donde el liderazgo internacional importa.